

El reino del lenguaje

Tom Wolfe
 Editorial Anagrama, Colección Argumentos
 Barcelona, 2018
 176 pp.
 ISBN: 978-84-339-6424-3



“Una noche luminosa de 2016 [...] andaba yo navegando por internet cuando caí con el ratón sobre una página web que decía los siguiente: EL MISTERIO DE LA EVOLUCIÓN DEL LENGUAJE”.

Con estas palabras Tom Wolfe, uno de los más importantes periodistas de nuestros días, da comienzo a este libro, considerado por muchos como su “testamento literario”. *El reino del lenguaje* se publica en España tan solo cuatro meses después de la muerte del reportero y cronista, acaecida el 16 de mayo de 2018.

En esta obra, Wolfe hace un repaso histórico, lleno de agudeza y sentido del humor, de las más importantes teorías evolucionistas de nuestra historia, retrotrayéndose en el tiempo –como no podía ser de otra manera– a las teorías naturalistas de Charles Darwin.

Con rigor y datos no exentos de ironía, Wolfe pone de manifiesto los miedos, inseguridades y, por qué no decirlo, remordimientos, que el maestro del naturalismo sufrió cuando vio que sus teorías podían ser pisadas por un desconocido y joven Alfred Russel Wallace. Tom Wolfe, con la pericia propia de quien domina el lenguaje, introduce al lector en pleno siglo XIX para que participe y entienda los

entresijos de las reuniones de los intelectuales del momento; los manejos –aparentemente ortodoxos– de hombres como Sir Charles Lyell que conseguirá que, en la reunión de la Linnean Society del 1 de julio de 1858, quedara patente –como era de esperar– la maestría y sabiduría del maestro Darwin, frente a un inexperto Alfred Wallace.

En 1859 sale a la luz *El origen de las especies* y las críticas no se hacen esperar (algunas incluso surgieron cinco días antes de la publicación de la obra). Muchas fueron negativas, pero algunas reseñas, como la de Thomas Huxley, elevan la obra a las altas esferas. Huxley se convirtió en un darwinista ferviente, no “porque creyera en la teoría de la selección natural [...]” –nos dice Wolfe– “sino porque Darwin era, evidentemente, tan ateo como él” (p. 51).

Las teorías darwinianas se extienden por toda Europa y, en Alemania, Nietzsche tributará a Darwin todos sus elogios y declarará la célebre frase “Dios ha muerto”. El origen del ser humano parece estar claro: el hombre desciende de los animales y no hay distinción esencial entre ellos. Pero ¿estas afirmaciones resuelven el origen de todo? Y, en esta evolución, ¿dónde queda el lenguaje?

Cuando Darwin parecía gozar de todo tipo de éxitos, un joven lingüista alemán, Max Müller, cuestiona las teorías evolucionistas al afirmar: “La ciencia del lenguaje todavía nos permitirá resistir las teorías extremas de los evolucionistas y trazar una clara y rápida línea entre el hombre y la bestia [...] El lenguaje es nuestro Rubicón, y ninguna bestia se atreverá a cruzarlo” (p. 56). Pero no solo las teorías de este joven lingüista comienzan a hacer temblar a un viejo y cansado Darwin, sino que el inexperto Alfred Wallace comienza a ser conocido en los ámbitos europeos e ingleses, y en 1870 su nombre es sinónimo de prestigio. Un prestigio que le lleva a afirmar, tras años de investigación, y después de que Darwin editara *El origen del hombre*, que “entre hombre y animal hay una diferencia esencial”. Para él, el cerebro entre seres humanos y animales es diferente desde el *homo sapiens*: “El cerebro humano –dirá Wallace– ha conducido a la conquista del mundo” y se hace necesaria “la acción de otra fuerza”, “una inteligencia superior” que explique el origen del hombre...

Tom Wolfe deja claro que a lo que Wallace atribuía poderes sobrenaturales era algo que para los seres humanos –solo para ellos– “es tan natural como respirar: el lenguaje, la Palabra [...] el lenguaje hace avanzar al hombre más allá de los límites de la selección natural, permitiéndole pensar en sentido abstracto [...] concebir la idea del espacio y el tiempo, Dios, la libertad, la inmortalidad...” (p. 66).

El inexplicable poder de la palabra volvió loco a Darwin. Trató de justificarlo en *El origen de las especies*, pero con tan poca base científica que algunos consideraron sus explicaciones similares a las que Kipling exponía en su libro de cuentos *Los cuentos de así fue*. La cuestión del lenguaje se escapó a cualquier manifestación de base científica y esto provocó que se llegara a prohibir seguir especulando

sobre ella: en 1872 la Philological Society de Londres renunció a encontrar el origen del lenguaje, y seis años antes lo había hecho la Sociedad Lingüística de París.

Habrá que esperar al fin de la Segunda Guerra Mundial para que en 1949 se vuelva sobre estas cuestiones. Durante la Guerra se crea un lenguaje matemático útil para el ejército, y lingüistas e ingenieros parecen querer aunarse en sus trabajos. Los lingüistas tratan de llevar algoritmos y ecuaciones a su campo. Cabría preguntarse ¿se sientan entonces las bases de la Generativa?

“En la comunidad científica nadie había visto ni oído hablar siquiera de una hazaña parecida. En solo cinco años, de 1953 a 1957, un licenciado de la Universidad de Pensilvania, un estudiante de doctorado de poco más de veinte años, se había apoderado de todo un ámbito de estudio, la lingüística, transformándola de arriba abajo, endureciendo esa presunta ciencia social tan esponjosa y convirtiéndola en una ciencia de verdad, una ciencia dura, a la que puso su nombre: Noam Chomsky” (p. 86).

Pero para Tom Wolfe, Chomsky no es más que otro teórico queriendo jugar a encontrar la respuesta sobre el origen del lenguaje. En manos del periodista se representa a un joven de carácter exigente, capaz de tirar por tierra toda la teoría conductista de Skinnery, y que, desde un despacho y sin realizar jamás trabajos de campo, se convierte en una autoridad que nadie se atreve a tomar en broma. Chomsky llegará a afirmar que “la representación y uso del lenguaje implican estructuras neuronales específicas”, y el concepto del “órgano del lenguaje” será defendido y aceptado por muchos. Tras la publicación de *Estructuras sintácticas* (1957) y *Aspectos de la teoría de la sintaxis* (1965) donde se recogen las dos primeras formulaciones de la Gramática Generativa-transformacional, el mundo de la lingüística

parece despertar de un largo letargo. En 1967, Chomsky escribe un ensayo “La responsabilidad de los intelectuales”, en torno al papel de EE. UU. en la Guerra del Vietnam, que convulsiona el panorama de los años cercanos a la década de los 70. La fama de Chomsky crece y se multiplica, no solo como pensador político sino también como lingüista. Sus trabajos y publicaciones son constantes y el “intelectual” (dicho con gran ironía por parte de Tom Wolfe), culmina su producción científica cuando, en 2002 –con 73 años ya cumplidos– presenta su teoría de la *recursividad*: la capacidad singular que distingue el pensamiento humano de cualquier otra forma cognitiva y que explica la primacía del hombre sobre cualquier otra especie.

Pero la fama de Chomsky y sus teorías sufren un duro revés en 2005.

Tom Wolfe parece querer presentar al lector que la historia se repite y, de manera paralela a lo que le había ocurrido a Darwin siglo y medio antes, también ahora, un antiguo discípulo llamado Everett, un antiguo chomskiano, tira por tierra la teoría del maestro al hacer pública su experiencia llevada a cabo entre una primitiva tribu del Amazonas, los pirahã. En 2008, Everett publica *No duermas, hay serpientes*, donde demuestra que los pirahã poseen una arcana y primitiva lengua, lo que hace temblar la teoría chomskiana de la gramática universal y de la recursividad. La obra fue un éxito instantáneo, uno de “los pocos libros de lin-

güística verdaderamente populares jamás escritos” (p. 127) afirma Wolfe. Chomsky calificará a Everett de “charlatán”, pero este ni siquiera se molestará en contestarle, ya que las dudas sobre la teoría chomskiana ya estaban presentes en el mundo intelectual y académico; “la idea de una gramática universal, fruto de la evolución biológica con contenido lingüístico, es un mito (p. 138)”, se llegará a afirmar.

Chomsky quiso reaccionar; se olvidó de la teoría de la recursividad, del órgano del lenguaje...y derivó su lingüística hacia una Lingüística Minimalista donde su atacantes ya no cuentan... “La evolución de la facultad del lenguaje sigue siendo en buena parte un enigma”, llegó a afirmar hace tan solo un par de años el octogenario lingüista, el mismo que en su juventud creyó encontrar la respuesta a eso que hace ¡tan diferente al hombre!, el poder de la palabra.

Sin duda, Tom Wolfe nos deja en esta obra un verdadero “testamento literario”. Un testamento que pone de relieve la importancia de la palabra, la importancia de nuestra lengua, la importancia del lenguaje, cuyo origen, tal vez, jamás lleguemos a conocer: “¡El lenguaje! Decir que el hombre ha evolucionado a partir de los animales es como decir que el *David* de Miguel Ángel ha evolucionado a partir del mármol de Carrara. El lenguaje es aquello a lo que el hombre rinde homenaje en todo momento que pueda imaginar” (p. 162).

Pilar Fernández Martínez
Universidad CEU San Pablo